

Francesco BOTTIN, *La scienza degli occamisti. La scienza tardo-medievale dalle origini del paradigma nominalista alla rivoluzione scientifica*, Rimini, Maggioli Editore («Studi di Filosofia e di Storia della Filosofia», 4), 1982, 362 pp. 17 x 25.

La Universidad de Padua ha iniciado, fiel a su multisecular tradición científica, una serie dedicada a la Historia de la Filosofía, bajo la dirección de los profesores Pietro Faggiotto y Giovanni Santinello. En esta colección ha visto la luz la estupenda monografía de Francesco Bottin, quien se declara deudor de sus maestros paduanos de la Facoltà di Magistero de aquella Universidad.

Pienso que hacía falta una obra de síntesis, que expusiera ordenadamente las principales aportaciones de los grandes estudiosos de la ciencia medieval, como Annaliese Meier, Constantin Michalski y Pierre Duhem, sin olvidar muchos otros estudiosos que han sabido trabajar con honestidad algún aspecto más concreto y puntual del nacimiento y evolución de la ciencia medieval. Hasta ahora era frecuente señalar los descubrimientos de Galileo Galilei como punto de partida de la ciencia moderna (las hipótesis de Copérnico habrían sido su preparación máxima). Sin embargo, y el Autor lo explica y demuestra cumplidamente, el origen de la ciencia moderna no está en los albores del siglo XVI, sino que debe retrotraerse a la primera unidad del siglo XIV. Esta es la tesis del libro que comento.

En efecto, la teoría del conocimiento intuitivo, que es —a mi entender— una elaboración de las tesis de Escoto, con el fervor que provocó por el conocimiento del singular en su existencia concreta; y la estructuración de la filosofía de Guillermo de Ockham en términos de posibilidad, lo que hizo posible una elaboración de una ciencia basada en hipótesis de trabajo, debieron de influir ciertamente en el despegue de la ciencia moderna, que es ciencia de datos, no de esencias, y ciencia hipotética.

Sin embargo, Bottin sienta algunos reparos al excesivo protagonismo atribuido a Ockham en los orígenes de la ciencia moderna. Parece que, por los mismos años en que Ockham trabajaba en Oxford como bachiller sentenciario (entre 1318 y 1324), se desarrollaba una física ya no teórica, sino eminentemente práctica, principalmente en el Merton College. Allí, y en círculos más o menos próximos, se postulaba el principio de inercia, se intentaba medir —mejor será decir: calcular teóricamente— la aceleración en función de la velocidad media, se intuía la ley de la gravitación universal, se afirmaba —aunque sin poderlo probar— que la Tierra gira en torno al sol, etc. Y algo parecido, aunque como fenómeno más reducido, sucedía en París. Por consiguiente, el mérito de la ciencia moderna no debe adjudicarse a Ockham, o al menos no a él de forma exclusiva. Ockham debió de contribuir también a ese progreso, pero bebiendo en una fuente que había alimentado además los esfuerzos del Merton College y de París.

Esta es, a mi parecer, la tesis expuesta por Bottin. Una tesis que se apoya en el análisis de los textos de distintos autores medievales y en las conclusiones de los principales especialistas. No obstante, quisiera hacer una sugerencia al Autor. En primer lugar, convendría tener en cuenta que la primacía de la «posibilidad» en el sistema ockhamiano puede haber fundado lo mismo la ciencia moderna de las hipótesis, que su contrario. Porque la doctrina del Inceptor puede ser el origen tanto de una ciencia de posibilidades, como dar lugar a una generalización tal de las posibilidades que haga imposible cualquier posibilidad. Me explicaré. La intuición hace posible un juicio de existencia de la cosa conocida. Pero puede haber intuición del no-existente. Asimismo, también es posible la noticia abstractiva sin intuición. Etc. Ya se ve que un cúmulo creciente de posibilidades pueden llegar a hacer problemática incluso la misma posibilidad o, en otras palabras, hacer imposible cada una de las posibilidades establecidas como posibles en la hipótesis. Por consiguiente, la hipótesis de trabajo puede ser posible y, por lo mismo, imposible.

Asimismo quisiera proponer todavía una cuestión. Roberto Grosseteste fue el maestro de todos los franciscanos de Inglaterra. El mismo fue un gran experimentador de la óptica. Y, sin embargo, no fue un ockhamista. Parece posible, pues, una ciencia experimental desde una gnoseología no ockhamista, como la de Alberto Magno, que fué aristotélico. No obstante, debo conceder al Autor, que el progreso de las ciencias físicas y químicas modernas se produjo principalmente por un abandono expreso de la física de corte aristotélico. Era posible en el aristotelismo, pero fue posible por su abandono. He aquí una paradoja histórica que está abierta, y que quizá nos obligue a postular que la ciencia moderna no es una ruptura con la filosofía clásica, sino que nace de ella aun cuando se aparta de ella después, y crece autónoma. (Como también se separaron entre sí teología y filosofía a comienzos del XII).

Por último quisiera destacar que esta modélica monografía, tan útil para historiadores de la filosofía, la teología y la ciencia experimental, consta de nueve capítulos y unas conclusiones: los orígenes del movimiento ockhamista, la lógica como ciencia del lenguaje y la navaja de Ockham, el problema del conocimiento en el movimiento ockhamista, el objeto del conocimiento científico, física aristotélica y crítica ockhamista, cambios de paradigma en la física aristotélica, cosmología y cosmografía, las polémicas contra la Escolástica, y los precursores de Galileo. Tiene también buenos índices, tanto de nombres como sistemático. La apoyatura bibliográfica es excelente y completa, con referencias en todas las lenguas cultas. El tono de la argumentación es, por último, sereno y lineal.

Josep Ignasi SARANYANA